

EL RECUADRO

Transcurrido prácticamente un mes y medio desde la celebración de las últimas elecciones generales, pocos avances relevantes se han registrado en la tarea que a la política le toca de establecer los acuerdos que permitan disponer de un gobierno en un plazo razonable que, probablemente, ya se haya cumplido o esté a punto de cumplirse.

Entre la parsimonia de unos, el taticismo o el personalismo de otros, y la inseguridad y falta de generosidad de todos, se está imponiendo un debate centrado en cuestiones que poco o nada tienen que ver con las verdaderas necesidades y preocupaciones de los ciudadanos.

El Parlamento fragmentado que propiciaron las elecciones y la campaña electoral previa a ellas, que tampoco fue modélica a la hora de discutir con seriedad propuestas y proyectos, no han supuesto en ningún caso un avance real en lo que algunos auguraban que sería la llegada de "la nueva política" y el destierro de la antigua.

Hoy, ya en febrero, lo único comprobable es que legisladores y gobernantes, discuten sobre cargos y puestos con mucho más dinamismo y urgencia de los que aplican para fijar posturas y buscar los puntos de acuerdo sobre los que se podrían cimentar mayorías.

La consolidación del crecimiento, la reducción del desempleo, la creación de las bases económicas que permitan asegurar y reforzar nuestro estado del bienestar, la resolución de las tensiones territoriales, la lucha contra la corrupción y algunas otras preocupaciones reales de la sociedad, parecen ser coartadas y no objetivos declarados en la pobre discusión política a la que asistimos.

Mientras las decisiones de inversión y consumo de bienes duraderos se toman una pausa y el Indicador de Confianza Empresarial Armonizado publicado por el INE comienza a retroceder, condicionado por un empeoramiento de las opiniones empresariales acerca de sus expectativas de negocio en el año que comienza, la política "maneja los tiempos" carente de la diligencia demandable en cualquier ámbito, salvo en la propia actividad política que, poco exigida, pierde un tiempo del que el país no dispone.

Los rituales políticos, y mucho menos cuando son repetidos y estériles, no resuelven los problemas, por más que las formas sean importantes en una democracia. Desde la aprobación de la Ley de Presupuestos, la Administración se ha ralentizado hasta un ritmo que abocaría al desastre a cualquier otra organización o empresa.

Lo relevante, ahora, es discutir, pactar, consensuar y actuar, porque no hacerlo tendrá graves consecuencias económicas y sociales, y cargará de razón a los que dan por caducado este sistema que ha facilitado en las últimas décadas el mayor período de libertad, pujanza económica, progreso social y bienestar generalizados de nuestra historia.

La España real, el país que trata de mantener su marcha, necesita estabilidad, responsabilidad y certidumbres, y sobre esas bases tiene que construirse cualquier diálogo en busca de los puntos de convergencia que deben permitir dedicarse a lo importante que es consolidar el incipiente crecimiento económico, dentro del respeto al marco constitucional y la unidad de España.

La dificultad para establecer acuerdos no puede ser una excusa, sino un acicate, para construir una mayoría de gobierno que permita sacar adelante los programas y las reformas que España necesita.